

Capítulo 3

La guerra de los Treinta Años: un espacio de transformación de la naturaleza de la guerra

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602526.03>

Carlos Alberto Ardila Castro

Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto"

Resumen: La guerra, como un hecho social, se ha transformado adaptándose a los contextos y las intenciones de los pueblos que han utilizado dicha herramienta para lograr sus fines e imponer sus intereses. En tal sentido, uno de los periodos más interesantes para estudiar dicho fenómeno se dio en la Europa del siglo XVII, cuando los cambios políticos, sociales, económicos, culturales y religiosos imprimieron una dinámica que hasta este momento no se había observado en los conflictos bélicos, y como resultado de lo cual se afianzaría el concepto de Estado nación moderno y se cambiaría del enfoque teocentrista a uno basado en la mirada humanista de la sociedad.

Palabras clave: Paz de Westfalia, guerra, Estado, sistema internacional, política.

Carlos Alberto Ardila Castro

Teniente Coronel (R), Ejército Nacional de Colombia. Doctorando, Estudios Estratégicos, Seguridad y Defensa, Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto". Magíster, Relaciones y Negocios Internacionales, Universidad Militar Nueva Granada. Magíster, Historia Militar, Escuela Militar de Cadetes "General José María Córdova". Especialista, Estudios Políticos, Universidad EAFIT y Especialista, Seguridad y Defensa Nacionales, Escuela Superior de Guerra. Profesional, Gerencia de la Seguridad y Análisis Sociopolítico, Escuela de Inteligencia "Brigadier General Ricardo Charry Solano". Profesional, Ciencias Militares, Escuela Militar de Cadetes "General José María Córdova". Profesor asociado, Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto". Investigador asociado, MinCiencias.

<https://orcid.org/0000-0002-8774-6176> - Contacto: carlos.ardila@esdeg.edu.co

Citación APA: Ardila Castro, C. A. (2023). La guerra de los Treinta Años: un espacio de transformación de la naturaleza de la guerra. En S. Uribe-Cáceres & D. López Niño (Eds.), *Aproximación teórica a las nociones de la guerra y el liderazgo estratégico* (pp. 63-80). Sello Editorial ESDEG. <https://doi.org/10.25062/9786287602526.03>

APROXIMACIÓN TEÓRICA A LAS NOCIONES DE LA GUERRA Y EL LIDERAZGO ESTRATÉGICO

ISBN impreso: 978-628-7602-51-9

ISBN digital: 978-628-7602-52-6

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602526>

Colección Seguridad y Defensa

Sello Editorial ESDEG

Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes prieto"

Bogotá D.C., Colombia

2023



Introducción

La necesidad de buscar espacios donde se dirimieran los conflictos ocasionados por la necesidad de las sociedades de imponer sus propios intereses generó, como afirma Diamond (2018), toda una infraestructura estatal que sirviera de apoyo a los esfuerzos bélicos. Fue así como en las primigenias sociedades de agricultores y ganaderos se crearon cuerpos militares que al comienzo tenían una finalidad meramente defensiva, y que mutaron a un aparato militar que permitiera proyectar poder más allá de las fronteras de esos primitivos Estados. Las transformaciones en dicha actividad que han acompañado a los diferentes escenarios bélicos han generado una gran oportunidad en espacios académicos para, desde estudios científicos, comprender las variables que aportan a la construcción de teorías y conceptos que permitan evidenciar las transformaciones a lo largo de la historia.

Son los conflictos un espacio donde, históricamente, las sociedades humanas han buscado cumplir sus intereses; ha llegado a afirmarse, según autores como Macmillan (2021), que la guerra ha sido un espacio de transformación, al generar una serie de cambios que han aportado a la consolidación de algunos grupos humanos y a la desaparición de otros. En este sentido, es pertinente afirmar que imperios como el romano afianzaron su señorío por medio de la proyección de poder utilizando, para el caso, sus legiones como principal medio bélico. Los reinos europeos herederos de la tradición romana retomaron dicha práctica y la mejoraron: por ejemplo, el Sacro Imperio Romano Germánico, por casi mil años logró influenciar el escenario político y militar en la Europa medieval y la moderna.

La guerra de los Treinta Años, ocurrida entre 1618 y 1648, es un ejemplo de cómo un conflicto bélico aporta elementos que permitieron la transformación de la naturaleza de la guerra, pues en el desarrollo de dicho conflicto se integraron variables políticas, económicas, sociales y religiosas que, a su vez, sirvieron para superar

un espacio predominantemente militar y pasar a uno donde convergieron otras y diversas características de la sociedad europea de la época. Y es así como podemos apreciar, retomando a Diamond (2018), que los conflictos humanos se han complejizado, y que para su entendimiento se requiere una mirada multidisciplinar.

El presente documento se propone evidenciar los aportes que generó, desde la naturaleza de la guerra, el mencionado conflicto, el cual enfrentó a los Estados europeos. Para lograr dicho propósito, se hará una mirada del mencionado conflicto desde el conflicto: a) como un *hecho social*, donde se evidencia el cambio que se generó en Europa, y que llevó al fin de la mirada centrada en dioses, y dio paso a una mirada que tiene como fin lograr los objetivos de las sociedades que hacen la guerra; b) como un *hecho bélico*, buscando identificar las causas del conflicto y los aportes que desde este campo se hacen a la naturaleza de la guerra, y finalmente, c) desde el análisis de un caso, en el cual podrá evidenciarse cómo un líder estratégico aportó a la comprensión de algunos cambios en la naturaleza de la guerra desde lo meramente táctico hasta lo estratégico.

El hecho social: Europa en la Edad Moderna

Los diversos cambios que se generaron en el viejo continente con la consolidación de los Estados nacionales y la superación del orden medieval, y que se materializaron en 1492, con el Descubrimiento de América por parte de los reinos de Castilla y de Aragón, llevaron al nacimiento de la Modernidad. Pero esto no fue uniforme: en algunas regiones podemos observar que “La fragmentación endémica del centro de Europa heredada del medioevo y acosada debido a la romanización asimétrica de esta región estaba condenada a estallar en algún momento” (Calvo, 2021, p. 166). Ello causó tensiones que se intentó superar con la intervención de las viejas y las nuevas entidades políticas surgidas en el continente.

La superación del legado de la Edad Media supuso una serie de cambios, que comenzaron desde lo político, al generarse una pérdida de poder de los antiguos señores feudales frente a los monarcas. Un ejemplo de esta situación se dio en España, donde Isabel de Castilla y Fernando de Aragón integraron a diferentes reinos y señoríos que constituían la península en torno a una causa común y en contra de los invasores musulmanes. Como lo expone Calvo (2021), la guerra por la unificación española generó una nueva forma de sistema político, basado en el poder central del monarca y su imposición sobre los señores de la guerra, que habían gobernado a lo largo de todo el periodo medieval. Pero dicho fenómeno también se

dio en Portugal, Francia e Inglaterra, lo cual, a su vez, llevó a los primeros Estados nación europeos. El Estado, y no el feudo, fue el espacio donde se celebró el contrato social que los súbditos y los gobernantes construyeron conjuntamente para lograr el mutuo bienestar.

Una de las grandes tensiones políticas que se presentaron al inicio del siglo XVII fue la pérdida de poder del Sacro Imperio Romano Germánico, surgido en el siglo X, y el cual recogió el legado del Imperio carolingio y del Imperio romano de occidente. Como entidad política, el Sacro Imperio pasó por diversos cambios, que fueron desde la caída del orden feudal hasta la emergencia del sistema internacional y del Estado nación. El poder de dicho imperio se sustentaba en el poder que la Iglesia católica le otorgaba al ser copartícipe del gobierno divino en la Tierra, siguiendo la teoría de las dos espadas, como lo expresa Dyer (2022). Y la pérdida se dio frente a los nuevos Estados surgidos por los descubrimientos geográficos en América, África y Asia, los cuales aumentaron los recursos de España, Portugal, Francia e Inglaterra y los convirtieron en nuevos actores con poder en el viejo continente.

La nueva situación generó una serie de alianzas que pretendían acrecentar el poder de cada uno de los actores dentro del contexto europeo. Es así como el Imperio español, con la coronación del rey Carlos I de España y V de Alemania, consolidó para la casa Habsburgo el control del Sacro Imperio y consolidó una unidad política que influyó por aproximadamente 200 años en Europa. Ello, a su vez, causó tensiones; especialmente, con las monarquías de Francia e Inglaterra, y dichas tensiones llevaron a apoyar a los daneses, los suecos y los holandeses, y hasta algunos principados alemanes, vueltos contra el imperio. Y lo más paradójico, fortaleciendo al Imperio turco otomano, principal amenaza contra la existencia de la Europa cristiana.

Dentro del hecho social cabe destacar todo cuanto se relaciona con lo religioso, y es que el orden político desde la Edad Antigua fue definido por las religiones, en el entendido de que era Dios el encargado de conceder soberanía al monarca, el cual, a su vez, siendo su representante en la Tierra, coadyuvaba con la salvación de sus súbditos. Dicha idea la perfeccionó la Iglesia católica, y en ello fundó su propio poder, el cual impuso una vez cayó el Imperio romano de occidente y surgió el orden medieval. Y es que los papas católicos influyeron en las decisiones políticas a lo largo de la Edad Media y al inicio de la Edad Moderna. Los roces entre los nuevos monarcas europeos y el Vaticano se reflejaron en un movimiento religioso que transformó la visión que se tenía sobre Dios. Y eso llevó a que se pretendiera culpar a las causas religiosas de las políticas:

Las pasiones religiosas eran reales, por lo que libraban las guerras eran los gobiernos o las Iglesias. De forma accidental pero inevitable, estaba surgiendo un sistema unificado de países europeos en el que todos participaban en el mismo juego a escala continental: un sistema de equilibrio de poder en el que cada incremento de fuerza suponía automáticamente una pérdida de seguridad para los demás. (Dyer, 2022, p. 274)

Finalmente, encontramos como hecho social todo lo relacionado con el balance entre la interacción que los diferentes Estados de la época sostenían y las disputas por el poder existentes. Se pueden evidenciar en dicho contexto tres conflictos: a) las tensiones entre el imperio Habsburgo en su rama española y en su rama austriaca frente al Imperio turco otomano, que desde el siglo XV, tras la toma de Constantinopla, quería expandirse hacia Europa; de igual forma, tomando lo descrito por Wilson (2018), b) el segundo conflicto se dio entre la monarquía española y el Reino de Francia, acrecentado por las disputas propias de la cercanía entre ambos y por las tensiones en Italia —especialmente, por la posesión de Nápoles, y en la propia Francia, por el Franco Condado—, y finalmente, c) las disputas con una Inglaterra que tenía intenciones de arrebatarse el predominio a España como potencia, y las constantes rebeliones en Flandes y los Países Bajos, todo lo cual dio pie a la famosa leyenda negra en la que se tildaba a España de ser un régimen despótico y retardatario. Finalmente, los problemas que España tenía por preservar el equilibrio regional se reflejaron en que

El estallido no tardaría en producirse, pues la Paz Hispánica a duras penas había logrado contener las querellas locales, nacionales y universales latentes. Tan es así que en los primeros quince años del siglo XVII diversos acuerdos de paz que se habían ido firmando precariamente se mostraban como lo que eran: meras treguas o descansos para reponer fuerzas y volver a la carga una vez prescriptos. (Calvo, 2021, p. 166)

El hecho bélico: la guerra de los Treinta Años y sus aportes

Dentro de las causas del conflicto que se puede considerar la primera de las guerras a escala global —pues implicó no solo a las potencias europeas, sino a sus colonias a lo largo del globo—, ya fueron tratadas dos: las políticas y las religiosas.

Falta, pues, resaltar el aspecto económico, ligado, por su parte, a la gran necesidad que tenían dichas potencias del nuevo paradigma basado en el mercantilismo, y el cual implicaba que cada uno de dichos Estados dependía de sus colonias para conseguir materias primas y vender sus productos procesados; a su vez, todos ellos necesitaban consolidar sus propias rutas comerciales, que les permitieran alcance global a sus nacientes economías.

Es importante resaltar los avances que en materia de control de las rutas marítimas había conseguido Inglaterra, en detrimento de lo alcanzado por España y Portugal durante los siglos XV y XVI. Los progresos ingleses trajeron pérdidas considerables a las arcas del Imperio español, y lo forzaron a buscar otros medios para conectar con sus colonias; en especial, las de Flandes y los Países Bajos. De ahí vino la expresión "Poner una pica en Flandes", mediante la consolidación del camino español. De igual forma, era imposible subestimar la amenaza constante de los turcos, ya que habían bloqueado el normal comercio con Oriente; sobre todo, con China: uno de los principales clientes de la plata que los españoles extraían en los nuevos reinos en América.

La confluencia de causas políticas, económicas y religiosas llevaron a que en dicho conflicto se configurase lo que se plantea como la *trampa de Tucídides*: esta lleva a una potencia dominante a la confrontación contra una emergente, la cual disputará su poder por todos los medios. Lo anterior se puede evidenciar conceptualmente:

Un proyecto de la Universidad de Harvard ha enunciado lo que se llama la 'trampa de Tucídides', en honor al autor de *Historia de la guerra del Peloponeso*. A partir de su famosa frase acerca de cómo el poder creciente de Atenas y el miedo de Esparta condujeron a la guerra, se elabora una regla que, afirma, casi siempre acaba por cumplirse: cuando una potencia en alza hace presión sobre a una potencia establecida, hay muchas probabilidades de estalle una guerra. (MacMillan, 2021, p. 853)

En el caso particular de estudio, la mencionada trampa llevó a Europa a una confrontación de la que surgiría un nuevo orden mundial, donde las potencias emergentes lograron imponerse a las tradicionales.

La guerra se desarrolló en varias fases. Comenzó como una revuelta local dentro del Sacro Imperio Romano Germánico, y que se fue extendiendo hacia el centro de Europa y su periferia, para convertirse en los que Calvo (2021) ha denominado la primera conflagración mundial. Esa primera fase, que abarcó de 1618 a 1625,

tuvo lugar en Bohemia: un reino que tradicionalmente había tenido disputas con el emperador Habsburgo, afincado en Viena; y es que Fernando II envió allí a unos emisarios, los cuales fueron arrojados por una ventana del palacio real. Se constituyó así la llamada Defenestración de Praga, que llevó al inicio del conflicto. De inmediato, el emperador buscó apoyo en sus primos españoles para que le ayudasen a sofocar la revuelta, la cual fue solucionada en 1625, con la victoria de las tropas del Sacro Imperio Romano Germánico frente a los bohemios y sus aliados de los principados alemanes.

La segunda fase vino con la intervención de los daneses, de 1625 a 1629. La monarquía danesa, respaldando a sus aliados protestantes alemanes, inició una serie de campañas con el fin de neutralizar los avances de los Habsburgo, y para consolidar una posición geoestratégica fuerte en el litoral báltico. Dicha fase no fue muy exitosa, ya que las tropas imperiales lograron neutralizar las intenciones del reino báltico, y pusieron nuevamente la balanza a favor del imperio.

La tercera fase fue librada de 1630 a 1635. Resulta una etapa muy interesante, ya que Gustavo Adolfo, rey de Suecia, generó una revolución en los asuntos militares al adecuar organizacionalmente sus ejércitos y permitir, por medio de la unidad conocida como *brigada*, ganar movilidad y maniobra; de igual forma, con la mejora técnica de las armas y su uso articulado, logró potencializar la capacidad de combate de sus tropas. Pero, finalmente, nada esto se materializó en el espacio estratégico, ya que Gustavo Adolfo murió enfrentado al mariscal Albrecht von Wallerstein en la batalla de Lutzen.

Finalmente, la cuarta y última parte se dio con la intervención de la monarquía francesa, de 1635 a 1648, y en la cual se impuso la razón de Estado a los intereses franceses de socavar el poder español en Europa. Dicha posición iba en contravía de la universalidad de la Iglesia católica y de la misma España, pues incrementó el poder individual del Estado frente a las aspiraciones de un reino de salvación universal propuesto por el papa y sus aliados Habsburgo. Lo podemos observar en que

Francia, que va encontrando su lugar en Europa por medio de una cínica política al apercebirse por fin de la potencialidad que sus grandes recursos le ofrecían; unas Españas que se mostraban por momentos decisivas, por más que muchos dieran por decadentes: las cada vez más beligerantes provincias unidas de Holanda... e Inglaterra siempre un enigma para los continentales. (Calvo, 2021, pp. 167-168)

Los franceses lograron su objetivo estratégico, y obligaron tanto a España como al Sacro Imperio Romano Germánico a pactar una paz, formalizada en los tratados de Münster y de Osnabrück, a los cuales se conoce genéricamente como los Tratados de Westfalia. Dichos tratados se constituyen en un significativo aporte de la guerra de los Treinta Años: fueron el inicio de la consolidación del Estado nación moderno y del sistema internacional clásico. Se dio a los Estados un carácter no confesional, alejado del poder del Vaticano en las decisiones internas de los Estados. Dicho cambio sería el germen de las revoluciones liberales iniciadas en Estados Unidos y continuada en Francia. De igual forma, renació la república, la cual, con las constituciones, llevó a un nuevo contrato social entre los gobernantes y los gobernados.

Gustavo Adolfo como líder y sus aportes a la naturaleza de la guerra

En la historia del pensamiento estratégico y el liderazgo hay personajes que han marcado un punto de inflexión por su capacidad para gestionar conocimiento en dicho campo del saber humano. El rey Gustavo II Adolfo de Suecia es uno de ellos, debido a que logró articular un efectivo liderazgo transformacional, lo cual permitió que su Estado defendiera sus propios intereses vitales generando una acertada articulación entre fines, medio y modos, y con esto, transformar el pensamiento de su época. Gustavo Adolfo se constituye en un paradigma del liderazgo militar, gracias a lo cual logró transformar la concepción estratégica de su época, al generar nuevos escenarios entre la interacción del líder con sus productores de información.

Uno de los principales retos de un estratega es armonizar los elementos que construyen cualquier estrategia. En tal sentido, es importante que dicho líder, según Freedman (2016), tenga una acertada conciencia situacional, que pueda saber dónde se encuentra, dónde se encuentra su adversario y, finalmente, cuál es su propio contexto operacional, y así identificar las variables que lo afectan. Para eso, el líder, en cualquier campo del poder del Estado, cuenta con la estrategia como una herramienta que articula fines, medios y modos para lograr los fines de la sociedad.

En una situación ideal, se dispone de los suficientes medios, que, administrados de modo efectivo, dan para lograr los fines que se les imponen a las

organizaciones. Pero en la gran mayoría de las oportunidades, dicho escenario ideal no se alcanza; por eso, el líder estratégico debe superar dicho problema potencializando los modos como administra los recursos. Uno de tales modos se refleja en dos capacidades. La primera de ellas es la acertada dirección de los colaboradores logrando generar un espacio convergente, donde se fundan todas las voluntades en pos de lograr los fines organizacionales. La segunda es la acertada comunicación que debe desarrollar el estratega con quienes suministran el conocimiento necesario, lo que, según Kent (1978), facilita la toma de decisiones al más alto nivel.

Gustavo II Adolfo de Suecia encarna, según Avolio et al. (1999), a un líder que, por medio de un liderazgo que transforma, logró generar un proceso donde interactúan factores morales y materiales que les permiten a sus seguidores desarrollar una convergencia de valores y creencias, lo cual le permitió volverse un referente en su época, y al que aún hoy en día se ha tomado como modelo para desarrollar el paradigma del *liderazgo transformacional*.

El paisaje y el contexto enmarcan las características principales de los seres humanos. En tal sentido, nuestro personaje no se desvincula de esas dos variables. Gustavo Adolfo nació en Estocolmo, Suecia, el 16 de noviembre de 1594, como nieto de Gustavo Vasta, fundador de la dinastía Vasta, la cual, a su vez, introdujo en su reino el pensamiento de Lutero y el de Calvino; o sea, el protestantismo. De igual forma, su padre, Carlos IX de Suecia, fue un gran defensor, junto con los príncipes alemanes, de la fe protestante ante los intentos del Sacro Imperio Romano Germánico de aplastarla. Según Parker (2004), el conflicto entre protestantes y católicos ocuparía los esfuerzos y los recursos de las casas imperiales europeas, encabezadas, en el bando católico, por los Habsburgo, y en el grupo protestante, por los príncipes alemanes, el monarca inglés, los monarcas de Suecia y de Dinamarca y, finalmente, por la poderosa casa Borbón, en Francia. Dicho contexto se constituyó en un factor importante en el pensamiento de Gustavo Adolfo.

Por otra parte, nos encontramos con el *paisaje*, entendido dicho término, desde la geopolítica, como la influencia que los factores geográficos juegan en la definición de las características de la personalidad. Y es importante resaltar que el Reino de Suecia ocupa un territorio importante dentro de los Estados bálticos, lo cual le infunde una concepción marítima que da ventajas para el desarrollo comercial y prosperidad, y que, a su vez, se ven reflejadas en la capacidad para concentrar recursos para su defensa. Por otra parte, es importante resaltar que su carácter escandinavo también constituye un factor determinante en la formación del paisaje

de los suecos. Esto se ve reflejado, según Rodríguez (2007), en la diferencia entre la cosmovisión vikinga y el pensamiento de los demás reinos europeos de su época, de cuya rama principal se aparta la perspectiva nórdica, con una forma particular de concebir la política y la religión.

Según Rodríguez (2007), para los escandinavos —y entre ellos, los suecos— existe una conexión causal entre la concepción política y la fe, y relacionada con que los territorios que hoy comprenden Noruega, Finlandia y Suecia, al no estar bajo la influencia del Imperio romano ni del posterior Imperio carolingio, desarrollaron una ética política basada en la libertad de elegir a sus gobernantes y determinar autónomamente cuál es su concepción de soberanía.

Durante gran parte de la historia de Suecia, sus gobernantes fueron elegidos según las tradiciones nórdicas, por decisión de un consejo de nobles y con la aprobación del pueblo. En muchas ocasiones, dichos liderazgos obedecían a la capacidad que los gobernantes tenían para inspirar, según Bass (1985), creencias, valores y principios que motivaran a la sociedad a superar obstáculos y a un mayor rendimiento en el logro de fines estratégicos como sociedad.

Tomando como referencia a Weber (2006), en el aspecto religioso, la ética protestante, influenciada por los pensamientos de Calvino y de Lutero, infundió a los reinos que abrazaron dicha fe una forma diferente de construir su espíritu político: una forma comercial social, pues en ella no se necesitaba a una iglesia para consolidar la relación con el Creador; por consiguiente, la intermediación para lograr la salvación era una empresa de carácter personal. De acuerdo con Keagan (2015), dicha concepción religiosa infundió en los líderes una visión antropocéntrica que exige al dirigente concentrar esfuerzos en generar un carisma que logre infundir respeto y haga que los fines sociales sean compartidos por el grupo, incluyendo el liderazgo heroico; el liderazgo transformacional planteado por Avolio et al. (1999).

Hay un factor que en Gustavo II Adolfo de Suecia es observable, y que viene de los postulados de Weber frente a la concepción luterana de la profesión:

Es evidente que en la palabra alemana ‘profesión’ (*Befuf*), como quizá más claramente aún en la inglesa *calling* hay cuando menos una reminiscencia religiosa: la idea de una misión impuesta por Dios. Este sentido religioso de la palabra se revela en toda su nitidez en cada contexto en que se la tome en la plenitud de su significado. (Weber, 2006, p. 69)

Cabe afirmar que el líder estratégico estudiado incorpora, por su fe protestante, una serie de valores relacionados con una destinación divina, lo cual busca

convertirse en un eje fundamental de las transformaciones introducidas en su reino. También es importante resaltar la importancia de los valores en el liderazgo transformacional, pues, según Bass (1985), en ellos se centran las acciones que el líder debe ejercer en su organización, y las cuales buscan ser el faro que guíe todo el proceso. Para mayor claridad sobre los valores, podemos tener en cuenta que:

Los valores de una empresa u organización son el conjunto de creencias, principios y reglas superiores con las que esta funciona internamente. Vienen a ser la filosofía institucional y son el soporte de la cultura de la organización. Su definición establece el marco de referencia que inspira y regula la vida de esta.

Los valores se hacen así propios de cada empresa y corresponden a su cultura organizacional, a sus características competitivas, a las condiciones del entorno y expectativas de sus grupos de interés como clientes, proveedores, directivos y empleados; o sus equivalentes en el mundo militar. (Aznar, 2018, p. 142)

Gustavo II Adolfo de Suecia logró consolidar un liderazgo transformacional, según Aznar (2018), influenciando a sus seguidores al generar una convergencia en la misión, la visión y los valores que conformaban su estrategia, para adaptarse así al contexto y el paisaje que se vivían en la Europa de finales del siglo XVI e inicios del siglo XVII. En este caso, Gustavo Adolfo logró infundir los principios propios ligados a su ética protestante en la cultura de su sociedad, y a la vez, en los Estados que lo acompañaron en su gran campaña estratégica desarrollada durante la fase sueca de la guerra de los Treinta Años. A continuación, se profundizará en los aportes que se desarrollaron por entonces en el campo de la estrategia, y en la forma como siguen ejerciendo influencia en la actualidad.

Principales elementos del pensamiento estratégico de Gustavo II Adolfo de Suecia

El contexto histórico es muy importante para determinar los elementos de la estrategia desarrollada por un líder en determinada etapa de la historia. En el caso objeto de estudio, en Europa, la consolidación de la Modernidad marcó un escenario político, social, cultural y económico, basado principalmente en la ruptura del viejo orden, dominado por una visión teocéntrica, y donde la religión era la principal variable para explicar todos los fenómenos, hacia un nuevo orden, donde son el individuo y su libre determinación los que fundan el principio de la soberanía liberal moderna.

Este fue el escenario en el cual Gustavo II Adolfo de Suecia dio sus aportes al pensamiento estratégico moderno, al articular los fines de su sociedad con los medios y los modos que su reino tenía para lograrlos. Y un conflicto en particular permitió que estos aportes se realizaran en el resto del terreno europeo del siglo XVII: la guerra de los Treinta Años; específicamente, la fase sueca de ese conflicto, que se produjo entre 1630 y 1635. Es importante enunciar las razones por las cuales dicho reino se incorporó al conflicto: según Parker (2004), tanto el Sacro Imperio Romano Germánico, gran heredero del Imperio romano, como el Imperio carolingio siempre habían ejercido poder sobre los reinos bálticos, buscando mediante su influencia consolidar la hegemonía de la casa Habsburgo en Europa. Frenar dicha interferencia se constituiría en el principal fin de la estrategia sueca.

Según cierto principio geopolítico, la vecindad de un Estado frente a otro aumenta el riesgo de que se materialice una invasión, en medio del intento de dominio político y económico por parte del más fuerte frente al más débil. Y fue esto lo que, precisamente, sucedió en 1630, dada la intención, por parte del Sacro Imperio Romano Germánico, de aumentar su control sobre Prusia, lo cual (Wilson, 2018) lo puso en curso de colisión contra Suecia, pues el primero buscaba aumentar su influencia sobre el mar Báltico. De igual forma, el emperador Fernando II pretendía desconocer el Tratado de Augsburgo, de 1555, mediante el cual el emperador Carlos V concedió a los reinos la libertad de elegir la religión según la fe de su gobernante, buscando así superar los problemas políticos generados por la Reforma. Dicha posición imperial generó una amenaza para la estabilidad política sueca, basada en su fe protestante. Defender su independencia política del emperador, y su libertad religiosa, del papa, se convirtió en el fin de la estrategia desarrollada por Gustavo Adolfo, y en el eje fundamental de sus transformaciones.

Podemos afirmar que los medios de los cuales disponía Suecia al inicio del conflicto estaban representados en la capacidad que había desarrollado en el aspecto comercial (Wilson, 2018), para consolidar una red de transacciones en el Báltico, que le permitió consolidar un poder militar, representado en un ejército que, a su vez, potenciaba sus operaciones con el apoyo de una marina que extendió sus líneas de suministro desde su propio territorio hacia el del enemigo imperial. Lo anterior lo podemos observar en que

La base del éxito subyacente del Gustavo Adolfo se hallaba en su comprensión de la administración y la organización, Suecia no se podía permitir el lujo de un ejército mercenario lo bastante grande para enfrentarse con los ejércitos combinados de sus enemigos, y, por consiguiente, Gustavo introdujo un sistema

de reclutamiento, terminando por crear el primer ejército nacional reclutado, pagado alimentado y equipado por el Estado. (Montgomery, 1969, p. 266)

Siguiendo con su estrategia, el soberano escandinavo optimizó los medios humanos y materiales con los que contaba en la época (Montgomery, 1969) tomando como modelo los cambios desarrollados por Mauricio de Nassau en su guerra contra los españoles; además, reestructuró su infantería pasando del modelo tradicional, del tercio español, a una unidad mucho más flexible y de mayor movilidad. Es importante resaltar que dentro de los medios utilizados por Gustavo Adolfo se dio relevancia al uso de las armas, al generar, primero, cambios en sus características técnicas que se vieron reflejados en su uso táctico, pues propiciaron la convergencia entre la infantería, la artillería, los ingenieros y la logística.

Otro de los componentes de la estrategia a los que más importancia dio el rey sueco fueron los modos como gestionó el conocimiento para integrar los fines, cada vez mayores, con los medios, en ocasiones escasos, en su reino. Como primera medida, incorporó el espíritu del Renacimiento, evidenciado ello en que

De hecho, Gustavo Adolfo fue el primer gran soldado que se aproximase al arte de la guerra con la actitud mental del Renacimiento. Sus ideas con respecto a la organización y la táctica eran originales y brillantes; además, era energético y eficiente en la aplicación de estas. (Montgomery, 1969, p. 265)

En la formación del ejército sueco, y mutando al modelo de ejército nacional, se hizo indispensable que la capacitación, tanto de oficiales como de suboficiales y de soldados, se convirtiera en un factor generador de poder de combate. En este sentido, se desarrollaron tareas (Montgomery, 1969) tendientes a fortalecer ese aspecto; la disciplina fue el eje fundamental sobre el que se consolidaron dichos cambios. Según Aznar (2018), implementar la instrucción militar hizo que los valores transformacionales que Gustavo Adolfo instauró se irradiaran a cada uno de sus hombres, y que fueran un factor importante de cohesión en la guerra, las campañas y la batalla, que influyeron así desde lo estratégico hasta lo táctico.

La articulación de su visión estratégica, reflejada en la convergencia de fines, medios y modos para lograr el interés de su reino, se vio complementada por la gestión del conocimiento, que le permitió, según lo veremos en el siguiente aparte, construir una sólida relación entre quienes producían conocimiento y quienes lo utilizaban para tomar decisiones estratégicas.

Relación entre el decisor estratégico y quien le provee conocimiento

El líder estratégico (desde ahora, *usuario*) debe desarrollar una relación sinérgica con las personas y las organizaciones que le proveen conocimiento (desde ahora, *productores*), y aún más, en un modelo de liderazgo transformacional, donde, según Aznar (2018), es necesario que se desarrolle una conciencia situacional que les permita interpretar el momento vivido así:

Los grandes líderes militares han sido sublimes intérpretes del momento vivido y a través de esa interpretación han alcanzado la victoria (que no necesariamente la paz, que pertenece a la política). Ejemplos no faltan: Alejandro, Amílcar Barca, Aníbal, Asdrúbal, César, Napoleón, Grant, Patton, Eisenhower... Todos ellos fueron capaces de comprender la situación más deprisa que sus rivales, extraer conclusiones y aplicarlas antes que ellos, demostrando a la par sensibilidad, inteligencia práctica y resolución. Cada momento estratégico puede requerir de su líder, entendiéndolo por tal a una persona portadora de un conjunto de cualidades especialmente adecuadas para el mismo. (Aznar, 2018, p. 263)

De igual forma, el usuario debe generar una estructura en la cual puedan articularse los medios y los modos que configuran los productores de conocimiento que sustentan sus decisiones estratégicas. A lo largo de la historia de la humanidad (Navarro, 2009), se ha generado un personaje fundamental para dicha labor: el *espía*, quien desarrolla su actividad en secreto, tras las líneas del enemigo, observando ejércitos y ciudades, buscando encontrar secretos que le den ventaja a su usuario. Uno de los principios en que se funda dicha relación es la confianza, la cual permite que el usuario esté seguro de que la información proporcionada sirva para los intereses propios, y que quien se la suministró no traicione la confianza en él depositada.

De igual manera, es importante que el usuario dé a entender con claridad su visión frente a los fines que percibe; eso se logra, según Aznar (2018), con una asertiva comunicación, donde los símbolos, los lenguajes y la cultura estratégica sean entendidos por las partes que participan en el proceso. En el caso de Gustavo Adolfo, ello se logró plenamente logrando infundir entre los productores una comprensión profunda de sus intenciones.

Un ejemplo de dicha interacción sinérgica, basada en la confianza y el entendimiento, se dio durante la batalla de Lützen, el 16 de noviembre de 1632, cuando se enfrentaron el ejército sueco, bajo el mando de Gustavo Adolfo, y el ejército del Imperio, bajo el mando de Albrecht von Wallerstein. El exacto conocimiento suministrado por los productores de conocimiento suecos permitió que las decisiones estratégicas del bando escandinavo se desarrollaran bajo el profundo conocimiento del enemigo, del tiempo y del terreno, lo cual permitió, según Jorgensen (2007), que los suecos maniobraran de forma acertada, que lograsen desgastar a las tropas imperiales y previeran cada una de las maniobras desarrolladas por estos durante la contienda. El resultado, en el nivel táctico, fue la derrota de las tropas del Sacro Imperio; y aunque en medio del combate resultó muerto el rey nórdico, las implicaciones estratégicas, según Jorgensen (2007), incluyeron que se detuvieran las intenciones de los Habsburgo de cimentar su dominio en Alemania.

Gustavo Adolfo, un adelantado a su tiempo, supo comprender los problemas enunciados por Kent (1978), frente a la interacción entre usuario y productor de inteligencia, y así logró orientar y guiar asertivamente a sus subordinados en todos los niveles, entendibles los fines que guiaban su propia estrategia. De igual forma, y tomando lo expresado por Keagan (2004), así se hicieron comprensibles las variables externas que afectaban la toma de decisiones por parte del soberano escandinavo. Y finalmente, retomando a Kent (1978), por medio de la instrucción que se impartía en todos los escalones del aparato militar sueco, se pudieron concentrar diversas fuentes y, de ese modo, superar la predisposición a creer que hay una única fuente de información para la toma de decisiones.

A manera de conclusión

Como reflexión final, se puede evidenciar que la guerra de los Treinta Años, como conflicto bélico, generó una serie de cambios que se pueden reflejar en aspectos políticos, económicos y sociales, al llevar a un punto de transición que trajo a Europa, plenamente, a la Modernidad, con la consolidación del Estado nación actuales, y con el inicio del sistema internacional clásico, pilares fundamentales de la Modernidad política, y que aún hoy tiene repercusiones a escala global. Como consecuencia de esto, también se evidenciaron liderazgos que aportaron a la permanente construcción de la naturaleza de la guerra.

Cabe destacar cómo el liderazgo transformacional ejercido por el rey Gustavo II Adolfo de Suecia logró estimular, en todos los niveles de las decisiones estatales,

una relación que se ve reflejada en la creación de valores, comportamientos, cultura y creencias comunes, lo cual le permitió lograr los fines de su estrategia: preservar la independencia de su país frente a la amenaza del Sacro Imperio Romano Germánico, y consolidar la posición de los Estados del bando protestante, lo que desembocaría en la Paz de Westfalia, lo cual puso fin a las disputas político-religiosas ocasionadas en Europa por la guerra de los Treinta Años.

De igual manera, la articulación de fines, medios y modos lograda por Gustavo Adolfo transformó la visión de la estrategia medieval, y dio paso a la Modernidad, lo cual se evidencia en la profunda revolución en asuntos militares que logró desde entonces articular ejércitos nacionales y el objetivo de conseguir la razón de Estado, y con ello, el inicio del concepto *Estado nación moderno*. Los aportes al pensamiento estratégico introducidos por Gustavo Adolfo aún son estudiados en las diferentes academias a escala global.

Finalmente, respecto al fenómeno de la interacción de usuarios y productores de inteligencia, se pudo evidenciar que el rey sueco se adelantó a su época logrando zanjar los problemas evidenciados por Kent (1978), y logrando con ello que la toma de decisiones se fundamentara en la gestión del conocimiento, en entender contextos, en identificar los problemas que afectan el logro de los fines estratégicos, en buscar soluciones que articulen recursos y conocimiento y, finalmente, en transferir la enseñanza recibida al aprender desde lo aprendido y aprender a desaprender.

Referencias

- Avolio, B., Bass, B., & Jung, D. (1995). *MLQ Multifactor Leadership Questionnaire*. Technical report. Mind Garden.
- Aznar, F. (2018). *Repensando el liderazgo estratégico*. Sílex.
- Bass, B. (1985). *Leadership and performance beyond expectations*. Free Press.
- Calvo, F. (2021). *Homo bellicus. Una historia de la humanidad a través de las guerras*. Arzalia Ediciones.
- Diamond, J. (2018). *Armas, Gérmenes y Aceros*. Debate.
- Dyer, G. (2022). *Breve historia de la guerra*. Antoni Bosch editor.
- Freedman, L. (2016). *Estrategia una historia*. La Esfera de los Libros.
- Jorgensen. (2007). *Great Battles: Decisive Conflicts That Have Shaped History*. Parragon Publishing.
- Keagan, J. (2015). *La máscara del mando. Un estudio del liderazgo*. Turner Noema.
- Keagan, J. (2004). *Inteligencia Militar. Conocer al enemigo, de Napoleón a Al Qaeda*. Turner Noema.
- MacMillan. M. (2021). *La guerra. Cómo nos han marcado los conflictos*. Turner.
- Montgomery, B. (1969). *Historia del arte de la guerra*. Aguilar.
- Navarro, D. (2009). *Espías. Tres mil años de información y secreto*. Plaza y Valdés.
- Parker, G. (2004). *La guerra de los 30 años*. Antonio Machado Libros.
- Kent, S. (1978). *Inteligencia estratégica*. Pleamar.
- Rodríguez, J. (2007). *Historia de las ideas y del pensamiento político, una perspectiva de occidente*. Ibáñez.
- Weber, M. (2006). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Premia.
- Wilson, P. (2018). *La guerra de los 30 años. Una tragedia europea (I) 1618-1630 - 3.ª edición*. Despertar Férreo.